

NURIA CALDUCH-BENAGES

Sposi, genitori e figli **I rapporti familiari nei libri sapienziali**

Introducción

Como bien afirma G. Vivaldelli, “La letteratura sapienziale, data la sua particolare predilezione per tutto ciò che è umano, si occupa, abbastanza diffusamente della famiglia, in modo particolare dell’intreccio di relazioni umane che in essa si vengono a creare”¹. Es precisamente esta red de relaciones el objeto primordial de nuestro estudio que se compone de dos partes principales: en la primera haremos una presentación de los miembros de la familia (padre, madre, hijos, hijas, pobres...) y en la segunda concentraremos nuestra atención en los diversos tipos de relación que se establecen en el seno de la familia (relación entre los esposos, entre padres e hijos, entre madre e hijos...).

Antes de empezar, se impone una observación. Los libros sapienciales, escritos en el postexilio, ofrecen visiones muy diversas de la familia, de los padres y de los hijos, pero en casi todos ellos “predomina un ejercicio de sensatez, un esfuerzo por comprender las contradicciones de la vida, superando sus riesgos, promoviendo sus valores”². En principio nos ceñiremos al así llamado “Pentateuco sapiencial” (Proverbios, Job, Qohélet, Sirácida y Sabiduría), lo cual no excluye que hagamos referencia a otras obras bíblicas que de algún modo también forman parte de la tradición sapiencial (Salmos, Cantar de los Cantares, Tobías...).

¹ G. VIVALDELLI, “Famiglia”, in R. Penna – G. Perego – G. Ravasi (a cura di), *Temi teologici della Bibbia* (Dizionario San Paolo), Cinisello Balsamo (Milano): Edizioni San Paolo, 2010, 472 (470-476).

² X. PIKAZA, *La familia en la Biblia. Una historia pendiente* (Estudios bíblicos 50), Estella (Navarra): Verbo Divino, 2014, 209.

LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

1. Los padres

En línea con la tradición anterior, la sabiduría bíblica refleja un modelo de familia patriarcal, a pesar de que algunos autores encuentran en algunos textos trazas de otros tipos de organización como el fratiarcado y el matriarcado. El término propio para designarla es “casa paterna” (*bet 'ab*, casa del padre), pues el padre en cuanto cabeza de familia representa la máxima autoridad. Un magnífico ejemplo se encuentra en el prólogo del libro de Job: “Había en la tierra de Hus un hombre llamado Job. Era justo, honrado y temeroso de Dios y vivía apartado del mal. Tenía siete hijos y tres hijas. Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas burras y una servidumbre numerosa. Era el más rico de los hombres de Oriente” (Jb 1,1-2). Nada se nos dice sobre la esposa de Job, ni siquiera el nombre. Su intervención se limita a una frase provocadora dirigida a su esposo que ha pasado a la historia (cf. Jb 2,9)³. Un silencio sorprendente comparado con la precisión con que Job detalla su descendencia y sus posesiones, incluidos sus numerosos siervos. En su último discurso, su recuerdo vuela a “¡Aquellos días de mi otoño, cuando Dios era un íntimo en mi tienda, cuando el Todopoderoso estaba conmigo y me veía rodeado de mis hijos!” (Jb 29,4-5). Vivir en sintonía con Dios y rodeado de los hijos queridos constituye la máxima felicidad para el padre de familia. El patriarca familiar es el centro del hogar, el punto de referencia de todos sus miembros: anciano cubierto de canas, hombre justo, honrado y temeroso de Dios, hombre experimentado que con sus consejos conduce a los hijos hacia la auténtica sabiduría (cf. Jb 8,9; 15,10; 32,6). Dice el sabio: “¡Qué bien sienta a las canas el

³ En la versión de los LXX y en el *Testamento de Job* ella pronuncia el siguiente discurso: “Cuando pasó mucho tiempo, le dijo a su mujer: ¿Hasta cuándo seguirás diciendo: ‘Atenderé todavía un poco con la esperanza de curarme?’”. Mira que ha desaparecido de este mundo tu recuerdo, los hijos e hijas, dolor y fatiga de mi vientre por los que sufrí en vano. Tú estás sentado entre pútridos gusanos y pasas la noche al descampado. Y yo, como una vagabunda o una jornalera, voy de un sitio a otro, de casa encase, esperando a que se ponga el sol, para reposar del cansancio y de las penas que me agobian. Maldice a Dios y muérete”. Cf. G. Toloni, “Due ritratti della moglie di Giobbe (Gb 2,9-10)”, *Sefarad* 75 (2015) 199-223.

juicio, y a los ancianos saber aconsejar! ¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría, y a los ilustres la reflexión y el consejo! La mucha experiencia es la corona de los ancianos, y su orgullo es el temor del Señor” (Sir 25,4-6; cf. Pr 16,31; 20,29).

Al lado del *pater familias* está la madre, sobre quien cae todo el peso del hogar. Su principal tarea es el cuidado de los hijos pequeños y el trabajo doméstico (ir por agua, moler el grano, amasar la harina, hacer el pan, hilar, tejer, recoger la leña, mantener el fuego...). Los sabios admiran y alaban el trabajo, extremadamente duro, del ama de casa. Así lo hace el autor de Proverbios que concluye su obra con un poema alfabético dedicado a la “mujer de valía” (*’eshet hayil*), una esposa y madre ideal (Pr 31,10-31). Esta mujer fuerte dirige con esfuerzo y tino la empresa del marido y se ocupa de toda la familia, incluidos los siervos y obreros. Buena administradora, trabajadora incansable y hábil en los negocios. Se encarga tanto de la labranza (cuida la viña) como de los talleres familiares en los que se confeccionan prendas de lana y de cuero. Destaca también por su atención al necesitado, su discurso juicioso y el sentido religioso que impregna todo su hacer cotidiano. Ella es un punto de referencia y de apoyo para su marido e hijos que se deshacen en alabanzas: “Sus hijos se levantan y la llaman dichosa, su marido proclama su alabanza: ‘Hay muchas mujeres fuertes, pero tú las ganas a todas’” (Pr 31,28-29).

Detrás de este retrato se deja entrever la figura de la Sabiduría en su papel de madre y esposa. Refiriéndose al discípulo deseoso por alcanzarla, dice Ben Sira: “Ella le saldrá al encuentro como una madre y lo recibirá como la esposa de la juventud. Lo alimenta con pan de inteligencia y le da a beber agua de sabiduría” (Sir 15,2-3). Las mismas imágenes pone el autor del libro de la Sabiduría en boca de Salomón que quiere desposarse con la Sabiduría, a su vez amada de Dios: “La quise y la rondé desde muchacho y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura. Al estar unida con Dios, ella muestra su nobleza, porque el dueño de todo la ama... Por eso, decidí unir nuestras vidas, seguro de que sería mi consejera en la dicha, mi alivio en la pesadumbre y la tristeza” (Sb 8,1-2.9). Al final, después de haber recibido a través de ella multitud de bienes (la riqueza, el saber, la virtud, la experiencia), descansa pacífica y serenamente a su lado en

el calor del hogar: “Al volver a mi casa reposaré junto a ella, porque su trato no causa amargura y en su intimidad no molesta, sino que agrada y alegra” (Sb 8,16). Comenta X. Pikaza, “La vida se define así como ‘proceso sapiencial’ (de conocimiento/amor), dirigido por una figura de mujer. Conforme a esta visión, el Hombre encuentra su verdad en una alianza o matrimonio que lo liga con Dios Sabiduría”⁴.

Reflexionando sobre su experiencia, el afortunado esposo descubre en su corazón que “la inmortalidad está en la unión (*syggeneia*) con la sabiduría” (Sb 8,17). Esta traducción, sin duda la más frecuente, es correcta pero a nuestro parecer insuficiente, porque de hecho el término *syggeneia* indica varias formas de parentesco, a excepción de la consanguinidad inmediata entre padres e hijos. Así pues, al desposar la sabiduría, el sabio entra a formar parte de su familia, es decir, se convierte en pariente suyo y como tal participa de su estirpe y nobleza⁵. Hay quien habla de matrimonio místico. Nos guste más o menos la expresión, lo cierto es que acoger el don de la sabiduría conlleva para el sabio un compromiso tan personal, una comunión de vida tan íntima que solamente el vocabulario familiar, o si se quiere la metáfora esponsalicia, consigue expresar.

2. *La prole*

Fruto del matrimonio son los hijos. Tener una gran prole es el deseo de los esposos, sobre todo si se trata de hijos varones. Estos perpetúan la raza, conservan el nombre y preservan el patrimonio. Una familia sin hijos es inconcebible. Si la fecundidad es vista como don y bendición del Señor, la esterilidad es fuente de infelicidad: “Otra vanidad descubrí bajo el sol: hay quien vive solo, sin compañero, sin hijos ni hermanos” (Qo 4,7-8). Los hijos garantizan la continuidad del padre: “Fallece el padre, como si no hubiera muerto, pues ha dejado uno semejante a sí” (Sir 30,4) así como la perpetuidad de su nombre: “Los hijos y una ciudad perpetúan el nombre... la prole y un plantío

⁴ X. PIKAZA, *La familia en la Biblia*, 214.

⁵ R. LAVATORI – L. SOLE, *L'amai più della luce. Lettura di Sapienza 7-9* (Collana Biblica), Bologna: Edizioni Dehoniane, 2013, 125: “Si delinea una compartecipazione radicale con la Sapienza”. En una nota a pié de páginas los autores citan Jn 15,1-11, donde la imagen de la vid y los sarmientos indica la profunda comunión de vida que se instaura entre Jesús y sus discípulos.

hacen florecen el nombre” (Sir 40,19; cf. Sal 144,2a; Rut 4,14). Si, en cambio, faltan los hijos, el recuerdo desaparece. Esto es precisamente lo que le ocurre al malvado: “Su recuerdo se acaba en el país y se olvida el nombre a la redonda: expulsado de la luz a las tinieblas, desterrado del mundo, sin prole ni descendencia entre su pueblo, sin un superviviente en su territorio” (Jb 18,17-19).

Sin ser poemas de familia, los salmos ofrecen, a su manera, un modelo de familia. Dicho diversamente, algunos salmos pueden interpretarse en clave de familia, como es el caso del Salmo 127(126), un salmo didáctico-sapiencial centrado en la “edificación de la casa”, entendida no solo en sentido material sino también en cuanto familia construida de hijos (cf. Rut 4,11) y alimentada por el padre de familia. “La mujer – señala Pikaza – queda velada”⁶. Leamos el texto:

¹Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas.

²Es inútil que madruguéis,
que veléis hasta muy tarde,
que comáis el pan de vuestros sudores:
¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!

³La herencia que da el Señor son los hijos;
su salario, el fruto del vientre:

⁴son saetas en mano de un guerrero
los hijos de la juventud.

⁵Dichoso el hombre que llena
con ellas su aljaba:
no quedará derrotado cuando litigue
con su adversario en la plaza.

Los hijos son presentados como herencia y salario del padre, su riqueza y mayor tesoro. Además, serán ellos quienes le defenderán en caso de apuro, entiéndase en las contiendas de la vida o incluso en caso de guerra⁷.

⁶ X. PIKAZA, *La familia en la Biblia*, 234.

⁷ L. ALONSO SCHÖKEL – C. CARNITI, *Salmos II (Salmos 73-150) Traducción, introducciones y comentario* (NBE. Comentario teológico y literario), Estella (Navarra): Verbo Divino, 1993,

En la misma perspectiva se sitúa el Salmo 128 (127), otro salmo didáctico-sapiencial, en el que la bendición familiar recae sobre el *pater familias* que teme al Señor, es decir aquel que, como buen israelita, cumple sus preceptos y se mantiene fiel a su alianza.

¹¡Dichoso el que teme al Señor,
y sigue sus caminos!

²Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien.

³Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa.

⁴Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor:

⁵Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén,
todos los días de tu vida.

⁶Que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!

La bendición dirigida al padre se traduce en tres bienes fundamentales. En primer lugar, el alimento fruto del trabajo. A nadie le faltará el sustento; al contrario, la familia vivirá en abundancia y prosperidad. En segundo lugar, la esposa, fecunda como parra y sabrosa como vino, es el corazón del hogar. En tercer lugar, los hijos que crecen y se afianzan como renuevos de olivo alrededor de la mesa. Según Ravasi, este salmo es “una meravigliosa miniatura, piena di pace, di luce e di gioia, in cui accanto al padre lavoratore, siedono la sposa feconda come una vite e i figli vigorosi come virgulti di olivo, mentre davanti a loro si apre una tavola imbandita e attorno si chiude ‘l'intimità della casa’ che dà sicurezza e felicità”⁸.

¿Y las hijas, qué dicen los sabios de ellas? Ben Sira es el único que les dedica espacio en su obra de sabiduría (Sir 42,9-14; 7,24-25; 22,3-

1509: “Por la vía de la comparación, se cuele en el salmo una insinuación militar, las flechas (cf. Sal 120)”.

⁸ G. RAVASI, “La famiglia nella letteratura sapienziale”, *Parola Spirito e Vita* (1986) 77 (73-87).

5). Según él, las hijas representan una seria preocupación para el padre (curiosamente la madre sólo aparece en el caso de una hija necia en Sir 22,5), en cuanto representan un peligro para su buena reputación que quiere mantener a toda costa: “una hija es para su padre una secreta inquietud⁹, la preocupación por ella le quita el sueño” (Sir 42,9). En realidad, la causa de sus desvelos no es tanto la hija cuanto su futuro matrimonio. Su preocupación es que ella que conserve la honra antes de casarse, que consiga un buen marido (cf. Sir 7,25) que no la repudie, que ella no sea infiel a su esposo y que le dé descendencia (cf. Sir 42,10). Así se explican las precauciones paternas que ciertamente no encajan con nuestra cultura y mentalidad: educación severa (Sir 7,24), vigilancia continua de la hija hasta el extremo de no dejarla salir del lugar en que vive ni ir de visita a las casas vecinas (Sir 42,11). La instrucción sobre la hija concluye con un versículo muy difícil de reconstruir, que ha sido objeto de innumerables enmiendas y traducciones por parte de los autores¹⁰. Dicho versículo contiene una observación positiva sobre la hija (se trata de una hija que teme al Señor) y la única referencia al hijo en todo el pasaje: “Vale más maldad de varón que bondad de mujer, pero vale más una hija piadosa que un hijo desvergonzado (Sir 42,14)¹¹. También el Salmo 144(143) menciona expresamente a las hijas, en este caso junto a los hijos. A los ojos del salmista los hijos son plantas que crecen y las hijas esbeltas y armoniosas como columnas: “Sean nuestros hijos un plantío, crecidos desde la adolescencia; sean nuestras hijas columnas talladas, estructura de un templo” (v. 12).

3. *Los desamparados*

La familia tal como la presentan los sabios no es una célula cerrada

⁹ El texto hebreo (Mss B y Mas) lee “falso tesoro”. Si, por un lado, la palabra “tesoro” (del verbo *tmn*, esconder) tiene connotaciones positivas, porque indica algo de gran valor, o algo muy deseado y buscado, por otro, el adjetivo “falso” indica la perplejidad del padre respecto a la hija, más concretamente en lo que se refiere a su matrimonio (cf. Sir 22,4). Esta perplejidad es el motivo de su preocupación, que incluso le causa insomnio. Así pues, profundamente turbado, el padre no puede conciliar el sueño por la noche.

¹⁰ Cf. P.C. BEENTJES, “Daughters and Their Father(s) in the Book of Ben Sira”, en A. Passaro (ed.), *Family and Kinship in the Deuterocanonical and Cognate Literature* (DCLY 2012/2013), Berlin - Boston: Walter de Gruyter, 2013, 189-192.

¹¹ En el segundo estico el texto griego no menciona a la hija: “una mujer deshonrada es un oprobio”.

en sí misma, aislada e independiente sino que se abre a otras realidades presentes en su entorno. Comenta Ravasi, “*La famiglia sapienziale è, invece, aperta, sociale, si affaccia sul mondo, sulla tribù, sulla città, sulle necessità degli altri. Anzi, si ha la coscienza che si debe allargare la familia per includervi i poveri e gli orfani*”¹². Los padres, además de velar por sus propios hijos, nietos y parientes cercanos, extienden sus brazos a los desamparados de la sociedad: los pobres, los huérfanos y las viudas. Así recuerda Job sus días felices: “Yo libraba al pobre que pedía socorro y al huérfano indefenso, recibía la bendición del vagabundo y alegraba el corazón de la viuda... Yo era padre de los padres y me ocupaba de la causa del desconocido” (Jb 20,12-13.16). Más entrañable todavía es la exhortación de Ben Sira: “Sé un padre para los huérfanos y un marido para sus madres; así serás como un hijo del Altísimo, que te amará más que tu madre” (Sir 4,10; cf. Mt 5,44-45). La enseñanza del sabio no deja espacio a la duda: el hombre capaz de acoger a los huérfanos como a sus propios hijos y a la viuda como a su propia esposa no sólo recibirá el don de la filiación divina, sino que además experimentará la fuerza irresistible del amor del Señor, un amor más grande que el de la propia madre (cf. Is 49,15). En otras palabras, acoger a los desheredados en la propia familia es una obra de caridad que el Señor recompensa con su amor infinito.

LA RELACIÓN ENTRE LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

1. *La relación entre los esposos*

El Cantar de los Cantares no habla directamente de la familia, ni de padres e hijos, ni de matrimonio. Sus protagonistas son dos jóvenes enamorados que viven y expresan apasionadamente su amor en un contexto de búsqueda y encuentro. El libro se podría describir como “un canto al amor, con algo de inocencia originaria, paradisíaca, y mucho de sueño ideal, definitivo”¹³.

Si hay algo que destaca en el Cantar es, por un lado, la iniciativa

¹² G. RAVASI, “La famiglia nella letteratura sapienziale”, *Parola Spirito e Vita* (1986) 84. La cursiva está en el original.

¹³ L. ALONSO SCHÖKEL, *El Cantar de los Cantares*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 1990, solapa.

de la mujer en la relación amorosa y, por otro, la igualdad en el amor entre los amantes, sin superioridad de uno sobre otro. Los cantos amatorios evocan el comienzo de la creación (cf. Gen 2-3), aquella situación ideal, en la que “varón y mujer se vinculan de un modo inmediato, «antes» de todo pecado y de todo dominio de uno sobre otro, sin preocupaciones morales ni de descendencia. Varón y mujer aparecen así como distintos, pero son igualmente importantes y complementarios de manera que no pueden darse uno sin otro... Ambos son complementarios del amor en igualdad y diferencias, y así lo expresan y recrean a través de la palabra, de manera que cada uno existe y vive en el otro”¹⁴. Escuchemos sus voces: “Que mi amado es mío y yo soy de mi amado” (Ct 2,16) dice la Sulamita; “Con una sola mirada, hermana y novia mía, me has robado el corazón; con una vuelta de tu collar me has atado el corazón” (Ct 4,9), le responde el amado. Ambos se miran, se hablan, se buscan, se desean, viven el uno para el otro, y de este modo nace entre ellos “un amor único, una relación de vida que no es del uno ni del otro, ni la simple suma de los dos, sino una realidad más alta que antes no existía”¹⁵.

La relación de pareja, tan poéticamente descrita en el Cantar, también es exaltada por los sabios de Israel aunque en modo diverso, pues sus sentencias reflejan casi siempre el punto de vista del varón: “Quien encuentra mujer encuentra la dicha y el favor del Señor” (Pr 18,22). El mismo Qohélet reconoce que en medio de esta existencia triste y pasajera, uno de los dones más hermosos es “disfrutar de la vida con la esposa que se ama” (Qo 9,9). Una rara excepción que contrasta con esta óptica androcéntrica es la sentencia de Ben Sira sobre la armonía conyugal: “Tres cosas hay que me complacen, y que agradan a Dios y a los humanos: concordia entre hermanos, amistad entre vecinos, y marido y mujer bien avenidos (*sympērīphérōmenoi*)” (Sir 25,1)¹⁶. Extrañamente, aquí los dos esposos están situados en un mismo plano.

Los sabios, más que de la relación conyugal en sí misma, se

¹⁴ X. PIKAZA, *La familia en la Biblia*, 228-229.

¹⁵ X. PIKAZA, *La familia en la Biblia*, 229-230.

¹⁶ Véase también Sir 40,23Gr: “Amigo y compañero se encuentran en el momento oportuno, pero más aún la mujer con el marido”.

preocupan de la esposa. Numerosos son los textos dedicados a ella. Esta será buena o mala¹⁷ según los beneficios que acarree su marido. No todos los hombres merecen una buena esposa, por eso el Señor se la concede al marido que le teme (Sir 26,3.14)¹⁸. Se trata de un regalo de valor incalculable, superior a los corales y el oro, un regalo tan valioso que no tiene precio (Sir 7,19; 26,14.15)¹⁹. Es una bendición que se traduce en una vida larga, pacífica y gozosa (Sir 26,1-2). La bondad de la esposa es un valor que trasciende la condición económica del marido, pues tanto si es rico como si es pobre, repercute positivamente en su físico y en su estado de ánimo: la alegría le inunda el corazón y se refleja en su rostro (Sir 26,2.4). En otro orden de cosas, la mujer buena deleita a su marido con su encantos físicos y trato amable y le hace prosperar económicamente con su prudencia o habilidad (Sir 26,13; cf. 40,19cd)²⁰. Encandilado por su belleza, su modestia, su hablar dulce y amable o por su silencio, el marido se convierte en un ser excepcional, sin parangón con el resto de los mortales, una especie de ángel en la tierra (Sir 36,23). Por eso, sentencia Ben Sira: “Quien adquiere una esposa (se supone una buena esposa) tiene el comienzo de una fortuna, una ayuda y una columna de apoyo” (Sir 36,24).

La otra cara de la moneda es el marido de una mala esposa. Le fallan las fuerzas y la tristeza le invade el corazón cuando se encuentra entre los amigos (Sir 25,18.23). Con su comportamiento irritante y su lengua mordaz (Sir 25,20; 26,6-7), la esposa le arrebató la felicidad. De ahí que el sabio aconseje evitar el apasionamiento por la mujer malvada, más aún si ésta es hermosa o rica (Sir 25,21), pues en este caso el marido verá manchado su honor, al verse obligado a depender de sus bienes (Sir 25,22). Una tal situación, inconcebible para la mentalidad de la época, era vista como “dura esclavitud” y “gran vergüenza”. El

¹⁷ N. CALDUCH-BENAGES “Buone e cattive spose nel libro di Ben Sira: una classificazione inoffensiva?”, in N. Calduch-Benages – C.M. Maier (ed.), *Gli Scritti e altri libri sapienziali* (La Bibbia e le donne. La Bibbia ebraica 1.3), Trapani: Il pozzo di Giacobbe, 2014, 111-126.

¹⁸ La clasificación de las esposas en “buenas y malas” perpetúa una línea de pensamiento presente en la sabiduría egipcia (ver las instrucciones demóticas de *Akhsheshonqy* y el papiro *Insinger*) y helenística (ve el *Florilegio* de Estobeo o los monásticos de *Menandro*).

¹⁹ Cf. Pr 31,10: “Una mujer de valía, ¿quién la hallará? Supera en valor a las perlas”.

²⁰ Cf. Pr 31,11-12: “Su marido se fía de ella, pues no le faltan riquezas. Le trae ganancias, no pérdidas, todos los días de su vida”.

honor del marido también se verá seriamente amenazado si su esposa cae en el vicio del alcohol (Sir 26,8) o, en el peor de los casos, mantiene relaciones ilícitas con otros hombres (Sir 26,9-12).

Ben Sira presenta a ambas esposas, la buena y la mala, del mismo modo, es decir, en lo relativo a la apariencia física, el control de la lengua y el comportamiento en la esfera sexual (más acentuado en el caso de la mala esposa), en cuanto estos tres elementos inciden positiva o negativamente en la vida personal y social del marido. De ahí que el punto de referencia de todos los textos tratados no es, como sería de esperar, la figura de la esposa, buena o mala, sino la de su marido en su papel de *pater familias* a todos los efectos. Heredero de una tradición sapiencial antigua, el sabio jerosolimitano insiste en el control patriarcal de la mujer, especialmente de la esposa. Descrita con los tópicos intra-culturales relativos a la mujer (belleza, modestia, silencio y dulzura), la buena esposa está llamada a acatar sumisamente la autoridad del marido, a complacerle en todo y, sobre todo, a no poner en peligro su honor con sus palabras, gestos o comportamiento. En otras palabras, ella es considerada como una ayuda eficaz que, no obstante, debe mantenerse siempre bajo control²¹.

4.2. *La relación entre padres e hijos*

En la tradición sapiencial la primera escuela del niño es el hogar. Al don de la vida sigue el don de la educación. Así, el padre y la madre se convierten en auténticos maestros. Ambos comparten la responsabilidad de transmitir a los hijos sus valores religiosos, sociales y culturales (Pr 1,8-9; 6,20-23). Ambos los instruyen con el ejemplo de los antiguos (Pr 4,3-9), con su testimonio personal (Pr 14,26-27) y también haciendo uso del bastón, un método educativo habitual en aquel entonces (Pr 13,24; 23,13-14)²². Amor y corrección van de la mano, pues también “el Señor corrige a los que ama, como un padre al hijo preferido” (Pr 3,12; Jb 5,17-18). Según Vivaldelli, “Il padre ha il compito di essere la guida sicura del proprio figlio, il maestro

²¹ Cf. N. CALDUCH-BENAGES “Buone e cattive spose nel libro di Ben Sira: una classificazione inoffensiva?”, 125.

²² Cf. Sir 30,12-13: “Doblega su cuello mientras es joven, túndele las costillas cuando es pequeño, no sea que, volviéndose rebelde, te desobedezca y sufras por él una honda amargura. Educa a tu hijo y dedícale a él, para que no tengas que soportar su insolencia”.

che sa condurlo lungo il sentiero della vita in tutta la sua inesauribile complessità”²³. Ravasi va mucho más allá cuando describe la misión del padre: “[Egli ha] la missione di essere guida, maestro, lampada, via per il figlio divenendo eco della Guida suprema che è Dio. Ed è proprio sulla trasmissione di questi valori spirituali, sociali, culturali che si edifica la familia”²⁴. He aquí algunos ejemplos:

Pr 24,13: “Come miel, hijo mío, que es buena,

el panal es dulce al paladar:

así es la sabiduría para tu vida;

si la encuentras tendrás porvenir,

tu esperanza no fracasará”.

Sir 4,1: “Hijo, no prives al pobre del sustento,

Ni seas insensible a los ojos suplicantes”.

Sir 21,1: “Hijo, ¿has pecado? No lo hagas más,

Y por tus faltas pasadas pide perdón”.

Sir 40,28: “Hijo, no llesves vida de mendigo,

más vale morir que mendigar”.

Los hijos son la alegría del padre, confiesa Ben Sira: “Hay nueve situaciones que considero dichosas, y una décima que la diré con palabras: el hombre satisfecho de sus hijos” (Sir 25,7), pero sobre todo el hijo sensato que acepta la corrección paterna (Pr 10,1; 13,1) y observa la ley (Pr 28,7). El hijo necio, en cambio, “causa aflicción a su padre y es fuente de amargura para su madre” (Pr 17,25)²⁵ y el maleducado es “vergüenza del padre” (Sir 22,3) En estos casos, la sabiduría recomienda al padre tomar una medida drástica: “Incluso con tus hijos mantén distancias” (Sir 32,22).

Honrar al padre y a la madre es el primer deber de los hijos. En Sir 3,1-16, Ben Sira hace una profunda reflexión sobre el cuarto mandamiento (cf. Ex 20,12; Dt 5,16) que supera lo que podría ser una exposición de la ley orientada a sus propios fines. Par el sabio, el mandamiento funciona como un catalizador que le permite centrarse en los efectos que se derivan de una vida conforme a la ley. Jugando con

²³ G. VIVALDELLI, “Famiglia”, 472.

²⁴ G. RAVASI, “La famiglia nella letteratura sapienziale”, 80.

²⁵ Cf. Pr 17,21: “Quien engendra un necio se acarrea su mal, el padre de un tonto no tendrá alegría”.

una alternancia casi perfecta entre los términos padre y madre, hace una lista de todos los beneficios, en el orden humano y religioso, que conlleva el respeto a los padres: perdón de los pecados, acumulación de tesoros (entiéndase, buenas obras), alegría de parte de los hijos, escucha de parte del Señor y larga vida (Sir 3,3-7). El amor por los padres es, pues, fuente inagotable de bendición. Honrar a los padres de palabra y obra y nunca gloriarse en su deshonra no vale solamente mientras los padres son todavía jóvenes, sino que debe durar toda la vida, especialmente cuando se hacen mayores y empiezan a chochar (Sir 3,12-13; cf. Pr 23,22)²⁶. Para Ben Sira, honrar a los padres forma parte del conjunto de buenas obras (*eleemosyne*) que tienen sus raíces más profundas en los sentimientos de la misericordia y la compasión. Estas buenas obras son, además, augurio de recompensa divina y tienen valor expiatorio. El Señor nunca se olvidará de un hijo respetuoso y caritativo con sus padres, es más, se acordará de él en los momentos de mayor dificultad y le perdonará todos sus pecados (Sir 3,14-15). Así pues, la responsabilidad filial se contempla desde una perspectiva que supera el ámbito familiar. Honrar a los padres es expresión del temor del Señor, una actitud religiosa indispensable para alcanzar la sabiduría. He aquí el texto completo:

¹Hijos, escuchad al padre,
obrad como os digo y viviréis.

²Porque el Señor honra más al padre que a los hijos,
y afirma el derecho de la madre sobre ellos.

³Quien honra a su padre expía sus pecados,

⁴y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros.

⁵Quien honra a su padre se alegrará en sus hijos,
y cuando rece, su oración será escuchada.

⁶Quien respeta a su padre tendrá larga vida,
y quien honra a su madre obedece al Señor.

⁷*Quien teme al Señor honrará a su padre*²⁷,

²⁶ Cf. las recomendaciones que Tobit hace a su hijo Tobías: “Cuando muera, dame digna sepultura. Respeta a tu madre, no la abandones mientras viva. Complácela, no entristezcas nunca su corazón. Recuerda, hijo que sufrió por ti muchos peligros mientras te llevaba en su seno. Cuando ella muera, entiérrala junto a mí, en el mismo sepulcro” (Tb 4,3-4).

²⁷ Este estico pertenece al GrII forma larga del texto griego), pero contiene un elemento esencial de la teología del sabio.

y sirve a sus padres como si fueran sus amos.

⁸Honra a tu padre de palabra y obra,
para que su bendición llegue hasta ti.

⁹Porque la bendición del padre asegura la casa de sus hijos,
pero la maldición de la madre arranca los cimientos.

¹⁰No te gloríes en la deshonra de tu padre,
pues su deshonra no es para ti motivo de gloria.

¹¹Porque la gloria de un hombre es la honra de su padre,
y una madre deshonrada es la vergüenza de los hijos.

¹²Hijo, cuida de tu padre en su vejez,
y durante su vida no le causes tristeza.

¹³y aunque pierda el juicio, sé indulgente con él,
y no le desprecies, tú que estás en la plenitud de tus fuerzas.

¹⁴Porque la compasión hacia el padre no será olvidada,
y te servirá para reparar tus pecados.

¹⁵En la tribulación el Señor se acordará de ti,
como el hielo ante el calor así se diluirán tus pecados.

¹⁶Quien abandona a su padre es como un blasfemo,
y un maldito del Señor quien irrita a su madre.

Así como el hijo puede olvidarse de sus padres, llegando incluso a deshonrarlos, sobre todo cuando son ancianos y llenos de achaques, también cabe la posibilidad de que el hijo se sienta abandonado por sus procreadores. Esta es la experiencia dramática del salmista: “Mi padre y mi madre me han abandonado, pero el Señor me ha recogido” (Sal 27,10).

5. La crisis de la familia

La unión familiar puede resquebrajarse por múltiples causas. El drama de Job es un buen ejemplo. Job sufre en solitario el abandono de los suyos (esposa, hijos, parientes, criados) y la traición de los amigos que se vuelven contra él (Jb 19,13-19). Aunque los sabios no mencionan explícitamente la crisis familiar, su presencia se deja intuir en los textos sobre la prostitución (Pr 5,1-23; 7,1-27) y el adulterio (Pr 6,20-35; Sir 23,16-27), delitos de amplia repercusión en la sociedad israelita. Proverbios y Sirácida no mencionan la pena de muerte como castigo

legal por adulterio (cf. por contraste Lv 20,14; Dt 5,18). Sin embargo, las consecuencias de esta culpa –según la teoría de la retribución– recaen en los hijos. De la adúltera, dice Ben Sira: “Sus hijos no echarán raíces y sus vástagos no darán fruto, su memoria será maldecida y su infamia no se borrará” (Sir 23,25-26). En la misma línea se expresa el autor del libro de la Sabiduría: “Los hijos de los adúlteros²⁸ no llegarán a la madurez y la prole ilegítima desaparecerá” (Sb 3,16).

La crisis familiar, y en concreto la crisis conyugal, es un elemento importante en el libro de Tobías²⁹. Los padres de Tobías, Tobit y Ana, protagonizan tres escenas de crisis (Tb 2,1114; 5,17b–6,1; 10,1-7). Como bien comenta L. Alonso Schökel: «lo más convincente del libro son las escenas del matrimonio TobitAna; sin sus riñas y tensiones, el tono tranquilo de la narración sería exasperante»³⁰. Dos son los factores que, poco a poco y a veces de manera casi imperceptible, deterioran la vida de pareja de Tobit y Ana: la falta de confianza y la falta de comunicación. En la primera escena de crisis Tobit no cree en las palabras de su mujer y en la tercera es Ana quien no confía en su marido. Aún existiendo el diálogo, la comunicación falla en las tres escenas, porque tanto Ana como Tobit se encierran en sí mismos, en sus opiniones y sentimientos sin ceder espacio al otro. El diálogo de la primera escena termina en punta: “¿Dónde están tus limosnas y buenas obras? Ya ves de qué te han servido” (Tb 2,14); en la segunda escena se ve claramente que las decisiones no se toman conjuntamente: “¿Por qué has dejado marchar a mi hijo?” (Tb 5,18); y, en la última escena, el clima de la pareja parece haberse deteriorado: “¡Calla!, mujer, no te preocupes...” pero ella protestaba: ‘¡Déjame! No me vengas con engaños. Mi hijo ha muerto’” (Tb 10,6.7). Se percibe angustia, tristeza y sobre todo aislamiento y cerrazón por parte de los dos esposos.

6. La familia de Dios

Afortunadamente en la familia la crisis no es la última palabra.

²⁸ Aunque es probable que el autor quiera referirse a matrimonios mixtos, prohibidos por la ley o costumbre, no se excluyen los hijos de adulterios reales y jurídicos.

²⁹ Cf. N. CALDUCH-BENAGES, “El libro de Tobías, una historia de familia”, en *La Sagrada Familia en el siglo XX. Actas del VI Congreso Internacional sobre la Sagrada Familia. Begues (Barcelona), 6-9 de setiembre de 2002*, Barcelona: Nazarenum, 2003, 49-60.

³⁰ L. ALONSO SCHÖKEL, *Tobías* (Los Libros Sagrados 8), Madrid: Cristiandad, 1973, 40.

“Ma la Sapienza esalta in positivo un’apertura straordinaria che la famiglia può attuare: l’amore familiare è simbolo della famiglia di Dio”, comenta Ravasi³¹. En esta familia tienen cabida los piadosos, los que observan los mandamientos de la ley (Sir 37,12-14; Sb 12,19), los que defienden a los más desfavorecidos, los que sostienen a los pobres, las viudas y los huérfanos (Sir 4,10). Todos estos justos se sienten hijos del mismo Padre. Basta recordar el discurso de los impíos en el libro de la Sabiduría. Ellos deciden acechar al justo porque “presume de conocer a Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios... presume de tener por padre a Dios” (Sb 2,13.16). El justo se retiene hijo de Dios en cuanto comparte con Él “un particolare vincolo di amore, simile al legame familiare che sussiste tra un figlio e suo padre”³². Dando un paso más, los sabios proyectan la familia en una dimensión trascendente que supera los límites espacio-temporales y que, de algún modo, se deja intuir en la frase más citada del Cantar: “el amor es fuerte como la muerte” (Ct 8,6). Dicha intuición se corrobora en el libro de la Sabiduría, escrito en la diáspora alejandrina en los primeros años del reinado de Augusto. Oponiéndose a la concepción tradicional de la familia, su autor declara dichosa la estéril intachable, cuyo lecho no conoció la infidelidad (Sb 3,13), porque el día del juicio “essa godrà di una vita infinita e divina, ben superiore all’arco limitato delle generazioni”³³. Por este motivo, no duda en afirmar:

1Es mejor no tener hijos y tener virtud;
 pues la virtud que deja un buen recuerdo
 es una especie de inmortalidad:
 Dios y los hombres la aprecian.
 2Cuando está presente, los hombres la imitan;
 cuando está ausente, la echan de menos;
 desfila por la eternidad, coronada como vencedora
 por haber alcanzado el triunfo
 luchando limpiamente por el premio” (Sb 4,1-2).

³¹ G. RAVASI, “La famiglia nella letteratura sapienziale”, 85.

³² R. LAVATORI – L. SOLE, *Empi e giusti: quale sorte? Lettura di Sapienza 1-6* (Collana Biblica), Bologna: Edizioni Dehoniane, 2011, 54.

³³ G. RAVASI, “La famiglia nella letteratura sapienziale”, 86.